

UN MUNDO SIN PERROS

Abril 2017

Rodrigo observaba a través de la mirilla cómo su perro jugaba. Podría hacerlo utilizando los monitores donde llegaban las imágenes de las 4 cámaras instaladas en la habitación, pero allí se sentía más cercano al perro. Éste se entretenía con dos pelotas de tenis, una en la boca y otra empujándola con su mano. Siempre había sido un pequeño malabarista. Desde hacía casi 4 años, Rain jugaba solo, sin ninguna compañía. Bueno, jugaba y desarrollaba toda su vida de la misma forma, en soledad. Solo esporádicamente había podido contar con la compañía de algún otro perro, por un periodo muy breve de tiempo. A Rodrigo siempre estos momentos de juego le recordaban cuando le vio por primera vez, en el centro de acogida de animales. Su buena amiga Pilar le había llamado: tenían una camada cruce de Labrador con Español Bretón. A la mañana siguiente allí estaba, observando 4 cachorros de solo dos meses, 3 negros y uno chocolate. Este último era el que tenía más cara de Español Bretón, esa cara de vivacidad tan típica. No lo dudó, y después de cumplir con los trámites, Rain viajaba en la parte trasera de su furgoneta camino de casa, de un mundo que planearon lleno de paseos por el campo. Pero eso solo duró 10 meses. Ahora tenía que contentarse con mirarlo a través de una mirilla. Al principio intentaron que la observación fuera a través de un cristal, pero el pobre Rain, incapaz de entender muchas cosas, se lanzaba contra ese cristal, con fuerza, con mucha fuerza, quería estar con su dueño, con su amigo. Cuando Rodrigo desaparecía, el perro quedaba en un estado de excitación extrema, golpeando el cristal una y otra vez, intentando salir de su encierro, corriendo de un lado a otro de la pequeña habitación, girando sobre sí mismo intentando morderse el rabo; así durante horas. Hasta que caía agotado, bebía y dormía hasta el día siguiente. Ni siquiera la posibilidad de oír la voz de Rodrigo le tranquilizaba. ¿Qué hacía su amigo? ¿Por qué no venía con él? ¿Por qué no le abrazaba? A los cuatro días habían tirado la toalla: cada vez que Rain veía a Rodrigo se excitaba más, no creían que pudiera acostumbrarse a verle a través de un cristal. Si bien es cierto que con menor intensidad, algo parecido sucedía si era otra persona la que se colocaba detrás del cristal. Así que era mejor dejarlo, oscurecer los cristales y conformarse con instalar esa mirilla de observación donde cada día, dos veces como mínimo, Rodrigo se asomaba.

Esa era la segunda observación del día. Era más temprano de lo habitual, pero es que el día siguiente iba a ser muy especial, y esa tarde Rodrigo quería reservarse un tiempo para sí mismo, algo nada habitual en los últimos tiempos. Como siempre en silencio, Rodrigo se despidió de su perro. Se dirigió a la sala de duchas, como siempre con lágrimas en los ojos. Al salir de su centro de trabajo, cogió su berlina. Ya no utilizaba la furgoneta casi nunca. Ya no era necesario. Al llegar a casa no había nadie. Hoy era demasiado pronto y Laura no había vuelto del trabajo. ¡Laura! Lo había pensado mucho, pero no le diría nada del día de mañana. Después de todo, él estaba seguro de lo que sucedería, y no había por qué preocuparse. Si le decía algo, solo serviría para iniciar una interminable discusión. Tenía prevista la coartada. Nada fuera de lo normal que no hubiera sucedido en los años anteriores de vida en común. Rodrigo se sonrió al recordar esa frase que había escuchado por primera vez en una serie de televisión y que después cada cierto tiempo se

repetía en columnas periodísticas, blogs y programas de televisión: “la sinceridad es la primera enemiga del matrimonio”. Esa iba a ser su primera mentira en el matrimonio, una mentira compasiva.

Rodrigo se cambió de ropa en pocos minutos. Se puso un chándal y salió a la calle. Se encaminó hacia “el barranquillo”, el parque creado aprovechando la pequeña barranquera que conducía hacia el río, por donde tantas veces había paseado con Rain. Un lugar recorrido por amantes de los perros, con abundantes carteles informando de las distintas especies vegetales allí presentes y sus características, siempre respetadas por perros y dueños. Le gustaba pensar que estaba en un lugar medio “salvaje”, todo lo salvaje que se puede ser en la cercanía de las urbanizaciones de ese pueblo alejado de la gran ciudad. Allí habían hecho buenas migas con otros compañeros de paseo, y Rain había aprendido a socializarse con personas y congéneres: Carmen y su Husky Greta, el perro que más kilómetros debía hacer en todo el país, siempre con su dueña de un lugar para otro; Paloma y su dos galgos, uno suyo y el otro variable, porque se encontraba de forma temporal en acogida después de haber sido abandonado y, desafortunadamente, casi siempre maltratado; Faustino y su San Bernardo, inofensivo como él siempre repetía, olvidándose de que al ser tan cariñoso sus casi 80 Kg de peso abalanzándose sobre un humano ya constituían en sí mismo un peligro; Fernando y su bóxer, compitiendo entre sí por ver quién tenía más energía; Patricia y su dálmata, siempre tan conjuntadas, tan iguales; Amparo y su Golden, felices cuando estaba suelto pero sufriendo cuando le ponía la correa y debía ir detrás de él, siguiendo a duras penas su apresurado paso, incapaz de sujetarle; José y su Bodeguero, una pareja curiosa al ser un hombre tan alto con un perro tan pequeño. Marta y su Tekel, a cual más presumida. Y muchos más que no faltaban a la cita en un lugar de reunión de perros, donde estos eran plenamente felices.

Hoy no se divisaba a nadie en “el barranquillo”. Como ayer. Como los últimos años. Ya no había perros. Habían desaparecido de nuestro entorno. Había dejado de ver a esas personas con las que el único vínculo que le unía era Rain. ¿Cómo se habrían tomado la desaparición de su perro? El seguía yendo a pasear por esa zona, haciendo su ejercicio diario siempre que le era posible. Pero no había vuelto a ver a ninguno de ellos. En la lejanía observó a una chica con dos niños; al acercarse comprobó que se trataba de un rubito de unos 5 años y una preciosidad de unos 3, que le saludaron de forma educada. Esos niños estaban creciendo en un mundo sin perros, con lo que no los echarían de menos. ¿O acaso sus padres les hablarían de la compañía que les habían proporcionado durante años sus canes? ¿De los servicios que habían hecho a la especie humana desde la noche de los tiempos? Siempre tan leales, siempre atentos a cualquier gesto del amo para cumplir sus deseos, lo que era su mayor felicidad. El trabajaba porque esos niños pudieran saber lo que era “el barranquillo” con perros. Pero no podía, no debía, ser demasiado optimista. No se podía engañar. Los perros habían desaparecido de nuestras vidas, e iba a costar mucho que la sociedad les admitiera de nuevo como “los mejores amigos del hombre”.

Rodrigo llegó al río. Al riachuelo sería mejor decir. Ni las lluvias invernales ni el deshielo de la sierra conseguían hacer que el cauce creciera. Era una tarde de Abril, típica primaveral. Luminosa. Preciosa. No, no podía ser preciosa sin Rain. Pero, ¿cómo empezó todo? A Rodrigo, allí sentado

sobre una piedra, le gustaba recordar, mirando hacia las lejanas montañas, lo que había sucedido. Allí encontraba inspiración para su trabajo. Y esa inspiración solía venir después de recordarlo todo. Hoy no buscaba inspiración. Sabía lo que haría mañana y estaba plenamente seguro de lo que sucedería en la próxima semana. Ya lo había pensado demasiado. No había nada que pensar, pero sí que recordar.

A Rodrigo le gustaba iniciar sus recuerdos con una metáfora que utilizaba mucho en sus conferencias. En 1979 el hombre consiguió erradicar por sus medios la primera enfermedad de la faz de la tierra: la viruela. Se creyó superior a la naturaleza, por encima de las enfermedades, capaz de controlarlas y eliminarlas en un futuro más o menos cercano. Dos años después se recibía en el Centro de Control de Enfermedades de Atlanta, en Estados Unidos, un fax procedente de su oficina en San Francisco, notificando que se había detectado un notable incremento de ingresos en los hospitales de la zona de personas que cumplían las siguientes cuatro características: eran hombres, de raza blanca, homosexuales y tenían síndrome de Kaposi. Ese día había nacido el SIDA. La naturaleza se había vengado sustituyendo la viruela por una alteración para la que todavía no teníamos procedimientos de prevenirla.

En 2010 se declaró erradicada la segunda enfermedad de la tierra: la peste bovina, una enfermedad con la característica de afectar sólo a los bovinos domésticos, es decir, con una gran especificidad al no afectar a sus congéneres muy relacionados genéticamente. Esa especificidad había sido clave para conseguir su erradicación. Y la naturaleza se había vengado de nuevo: A principios de 2013 surgió la alarma en Asia. Parece que los primeros casos se habían dado en China, pero el ocultismo de sus autoridades impidió comprobar este hecho. Las primeras descripciones vinieron de Tailandia. Los perros estaban sufriendo una terrible epidemia, estaban muriendo a miles. Pero lo peor de todo era que muchos de sus amos estaban siendo contagiados con una enfermedad mortal.

Rodrigo, como experto en enfermedades emergentes, perteneció al gabinete de crisis que se creó en nuestro país. La situación era muy preocupante, tanto por la gravedad de los casos, como por la rapidez de su distribución. De forma aparentemente increíble, la enfermedad había llegado a Australia y tenía colonizadas en apenas un mes casi todo Asia y Africa. Rodrigo propuso la creación inmediata de centros de seguridad biológica donde pudiéramos seguir criando perros para poder perpetuar la especie, y la adaptación de los centros existentes para el estudio de esta enfermedad, que debía ser prioritaria. Algo parecido ya habían hecho los Australianos. Cuando se detectó el primer caso en Europa, un Tekel en Holanda, Rodrigo supo que ya no había marcha atrás. Desarrolló su idea: en su centro de investigación había 10 parejas de Beagle que darían camadas suficientes para las investigaciones a realizar. Pero sobraba sitio. Había que alojar a 20 animales más con una condición: todos serían expuestos a la enfermedad para conocer su evolución. Rain fue el primer voluntario, aunque él lo desconociera. Conseguir otros 8 fue relativamente sencillo entre los miembros del centro de investigación. Los otros 11 fue más complejo, nadie parecía darse cuenta de lo que se avecinaba y nadie quería separarse de su fiel compañero. No se daban cuenta que de todos modos morirían en pocas semanas. En el centro tendrían una oportunidad,

mínima, pero oportunidad al fin y al cabo. No consiguió voluntarios entre sus conocidos de “el barranquillo”. Hubo que recurrir a amigos de amigos que comprendieran la gravedad del problema que se avecinaba y poder completar el cupo de animales. Finalmente los 20 animales quedaron instalados en los boxes del Centro. Solo unas semanas después se confirmó el primer caso en España, un Boxer en Málaga. A partir de ahí, la locura. En pocas semanas más miles y miles de perros murieron por la enfermedad, 200.000 personas se vieron afectadas, de las que 5.000 murieron. Afortunadamente hasta el momento en el mundo no se había detectado ningún caso de contagio entre humanos. Los perros que no murieron por la enfermedad, fueron sacrificados por las autoridades para que no la transmitieran a la población. También hubo muchos asesinados por vándalos que los mataban de las más variadas formas, a cual más cruel, incluyendo el quemarlos vivos. Incluso hubo varios casos en que las hordas penetraron en casas matando a los perros y a sus dueños, por intentar ocultarles y evitar su sacrificio. La policía tuvo que ser ayudada por el ejército para intentar mantener el orden. En poco tiempo, España, como casi todo el resto del mundo, se había transformado en una tierra sin perros. Los 20 perros “voluntarios” del centro fueron puestos en contacto con un enfermo para que se contagiaran. En pocos días murieron 18, dando una excelente información sobre la patogenia de la enfermedad. Dos enfermaron, pero consiguieron superar el proceso clínico en unas semanas, tras debatirse entre la vida y la muerte, ayudados por tratamientos antivíricos y terapéutica de sostén. Uno de ellos fue Rain. Rodrigo vivió en el centro toda la evolución de la enfermedad. El trabajo fue arduo, estudiando múltiples variables en los animales que les dieran la clave de la posible prevención o curación. Pero en su caso además había un componente personal evidente. Si Rain moría, quería estar allí para verle. No quedaban perros en España, o para ser más exactos, quedaban unos cuantos perros en 5 centros de investigación como el de Rodrigo, y unos 200 de distintas razas en el gran centro de seguridad creado en Los Monegros de forma especial para intentar mantener la especie. En otros países había centros similares, principalmente en Estados Unidos, Rusia y Australia. Era una cuestión de espacio más que de dinero, y a estos países les sobran ambas cosas.

Las informaciones recogidas de los animales en el centro dio un conocimiento bastante claro del virus, completando lo descrito en otros laboratorios del mundo. Se trataba de un Morbillivirus, muy similar al productor del moquillo canino, pero con dos características diferenciadoras: era mucho más letal y afectaba sólo a los cánidos domésticos. Fue bautizado con el nombre de DLV, de las siglas en inglés virus similar al del moquillo. En cuanto al origen de la enfermedad, se hablaba de recombinaciones en un mismo animal, infecciones conjuntas con virus de murciélago y perro, y teorías peregrinas como maldición divina y bobadas similares. Nada definitivo por el momento. Rodrigo, como otros muchos científicos del mundo, sospechaba algo que nadie se atrevía a decir oficialmente por falta de pruebas. Y es que desde un principio había planeado la sombra de la duda sobre la liberación, accidental o no, de un virus manipulado en un laboratorio destinado a crear armas biológicas en China.

Rain se había curado clínicamente, pero había seguido excretando el virus, y por tanto, convirtiéndose en una fuente de contagio dos años y medio más. Hacía 9 meses que no se había detectado el virus en ninguna de las muchas muestras que se le habían recogido. Y eso suponía

una esperanza. Así era su vida. Había juego, había ejercicio en la cinta de correr, pero sobre todo el objetivo primordial de su vida desde que hace casi cuatro años llegara al centro estaba destinado a servir a la ciencia e intentar conseguir una solución a la tragedia que se había producido en el mundo.

Las exhaustivas investigaciones en el Centro habían dado una primera pista que parecía importante. Se había detectado una subpoblación de células NK efectiva frente a los virus. Y había llegado el momento de comprobar su efectividad.

El sol caía casi sobre el horizonte. Había llegado la hora de regresar a casa, desandando el camino realizado hacía un par de horas por el "barranquillo". Al llegar a casa ya había llegado Laura. Vio su coche en la lejanía, y aminoró el paso. No quería mentirle. Simplemente no le diría los detalles del experimento que comenzaría mañana. No sería difícil, pues por alguna razón Laura no preguntaba por Rain. Desde aquella mañana que vinieron los del Centro por él, solo una vez había hecho un comentario, cuando Rodrigo le dijo que Rain había dejado de excretar el virus. "¿Está curado?" fue su única pregunta con gesto de ilusión. La respuesta de "todavía es pronto para decirlo" supuso otro jarro de agua fría más sobre sus ilusiones de poder ver de nuevo a su perro. Nunca había querido ir al Centro. Verlo a través de un cristal era peor que recordarlo como fue en sus primeros meses de vida.

Al comienzo de la cena Rodrigo planteó la noticia: "Mañana comenzamos un nuevo experimento, así que me quedaré en el centro una semana más o menos". Había sido habitual en los últimos años y Laura no se extrañó. Solo puso cara de cierto fastidio, como diciendo "otra vez sola una semana, o dos, o tres". "Por cierto, están todos los vehículos del Centro ocupados, pues tienen que ir a recoger a bastante gente que viene de fuera, así que me llevo la furgoneta". "Pero, ¿por qué? Llévate el pequeño, da igual que esté allí parado que aquí". "Por eso, como tú no usas la furgoneta nunca, me la llevo". "Llámame todos los días". "Claro mujer".

A la mañana siguiente Rodrigo intentaba calmar su excitación en su segunda ducha del día, en el Centro, con productos desinfectantes para poder acceder a la zona no contaminada. Pero ese no iba a ser un día normal. Se dirigió al laboratorio de Inmunología. Las caras tensas del personal reflejaban su concentración no exenta de preocupación por lo que iba a suceder. Cuando salió de allí, presionaba la parte interna de su brazo izquierdo con un algodón, intentando que coagulara el pinchazo lo antes posible. Fue a la sala de reuniones, donde ya estaba la mayor parte de su equipo investigador, además de algunos científicos invitados, provenientes principalmente de Alemania y Estados Unidos. Todos ellos eran excelentes profesionales que trabajaban muy por encima de lo que la resistencia humana marca muchas veces. Se ultimaron los detalles en menos de una hora, la mayor parte del tiempo dedicada a responder preguntas de los amigos extranjeros. El personal del Centro sabía lo que había que hacer, y todos estaban plenamente concienciados.

Terminada la reunión, quedaron para iniciar la experiencia en 30 minutos. Rodrigo se fue al pequeño gimnasio, a la cinta de correr. Todos pensaron que era para quitarse cosas de la cabeza,

pero él sabía que eso tenía otra función. Necesitaba sudar y añadir ese olor al inexistente del antiséptico pijama que se había puesto tras la ducha.

El equipo se agolpaba expectante ante los monitores donde Rain jugaba con sus dos pelotas de tenis. Se abrió una puerta y entró Rodrigo. Inmediatamente el perro adoptó una postura defensiva, de temor. El pelo erizado, la cola alta, la cabeza casi rozando el suelo, las patas traseras elevadas. Comenzó a ladrar, con fuerza. Un perro en esas condiciones muestra su temor, y cuando un perro tiene miedo es imprevisible, sobre todo en esas circunstancias en que no puede huir a ningún lado. Rodrigo había pensado en la posibilidad de que Rain le atacara, pero no tenía miedo. Rodrigo se dirigió al otro extremo de la habitación y se sentó en el suelo, intentando mostrarse lo más tranquilo posible. Rain estaba aterrorizado, era el primer hombre que había visto en casi cuatro años. Rain ladró durante casi un minuto; entonces le miró y se calló. Empezó a tomar postura de curiosidad. Rodrigo extendió su brazo, dejando la mano abierta. Rain se aproximó, lentamente, y cuando casi podía tocar la mano, se sentó, moviendo de forma nerviosa, convulsiva, su rabo. Rodrigo comenzó a llorar; le había reconocido; eso mismo lo habían hecho miles de veces hacía años. Rain sabía que hasta que no hubiera un gesto de su amo, no podía abalanzarse sobre él, como había hecho tantas veces. Rodrigo se puso de rodillas, seguía llorando, y extendió los brazos, abriéndolos. Ese era el gesto esperado. Rain se abalanzó hacia él y se fundieron en un abrazo largo, largo, muy largo. Rain no paraba de lamerle por todos lados, y Rodrigo le rodeaba con sus brazos, apretándole fuerte, vengándose de tanto tiempo de ausencia de contacto. En la sala de observación donde se agolpaba su equipo la emoción se había contagiado. Varios lloraban, muy especialmente Sergio, su inseparable colaborador, la persona con la que llevaba prácticamente 4 años luchando por desentrañar el misterio de la nueva enfermedad. También Miguel, quien había desarrollado todo el sistema de entretenimiento de los animales para hacer que se mantuvieran ocupados con distintos ejercicios y así evitar que se volvieran locos en su soledad. A los cinco minutos, Rodrigo se levantó, cogió las pelotas de tenis y comenzaron a jugar. Rain debía hacer ejercicio, debía cansarse. Estuvieron algo más de 30 minutos, hasta que el jadeo del perro fue intenso. Un poco de agua y a relajarse. Rodrigo se sentó; Rain enseguida se puso encima de él, pero esta vez Rodrigo le obligó a tumbarse a su lado, y comenzó a pasar la mano sobre su cuerpo, lentamente, llegando a todos sus extremos, relajando al animal mientras comenzaba a hablarle de la forma más calmada que pudo.

“Amigo, viejo compañero, ¡cuánto te he echado de menos! No te preocupes. Ahora estamos juntos de nuevo”. Rain cerró los ojos, parecía que se iba quedando dormido, totalmente relajado. “Te voy a explicar lo que va a suceder. Ahora vamos a ir a otra sala donde hay un perro en una jaula, que está enfermo del síndrome. Tocaremos la jaula para que su saliva entre en contacto con nuestra piel. Tenemos que conseguir que nos contagie la enfermedad. Pero no te preocupes. Tú deberías tener defensas suficientes para rechazar la infección sin problemas y ni siquiera convertirte en portador. Por mi parte, me han inoculado esta mañana una subpoblación de células NK específicas frente al virus previamente activadas en el laboratorio. Ellas podrán sin problema con la infección mientras mi sistema inmune multiplica las defensas. Esto de exponerse a un microorganismo patógeno ya lo hicieron otros investigadores a lo largo de la historia. Quizás el

último y más famoso haya sido Marshall, cuando harto de las críticas científicas recibidas, se inoculó *Helicobacter pylori* para demostrar que era el causante de la úlcera de estómago humana. ¡Y vaya si lo demostró! Años después le dieron el Premio Nobel, ni más ni menos. Dentro de un rato, nos tendremos que separar de nuevo: tú irás a tu alojamiento habitual y yo a una sala de cuarentena creada al efecto. Ambos estaremos medicamente controlados los próximos días. Si todo va bien, estaremos aquí unos 15 días, hasta que se compruebe que no sólo no estamos infectados, sino también que no excretas el virus y por tanto, no puedes contagiar a nadie. Habremos encontrado un método de lucha contra la enfermedad. He traído la furgoneta para llevarte a casa. ¿Te imaginas la cara que pondrá Laura cuando nos vea llegar? Todo va a salir bien, viejo amigo, todo va a salir bien”. En la sala de observación ya solo quedaban Sergio y Miguel. El resto habían ido a ocupar sus puestos para la experiencia. La cara de Sergio mostraba una gran preocupación. Mientras Rodrigo decía a su perro de nuevo “todo va a salir bien”, Sergio pensaba “¿y si algo sale mal, Rodrigo, y si algo sale mal?” Rodrigo seguía hablando con Rain mientras le acariciaba. “Yo no quiero que me den el Premio Nobel. Yo solo quiero llevarme a mi perro a casa”.

John Connor